

Sobre políticas alternativas, cambio de agujas y frenos de emergencia

Los momentos de crisis ponen de manifiesto los defectos y contradicciones del sistema social y propician la búsqueda de alternativas. Sólo en este sentido puede pensarse la crisis como una oportunidad, como una buena ocasión que se nos presenta para tomar conciencia de la necesidad de revisar a fondo los principios que organizan la sociedad.

La crisis ha puesto al descubierto dos modalidades de defectos. El primer tipo es de orden económico; el segundo, de orden moral. Por un lado, ha revelado los perniciosos efectos económicos del funcionamiento de un capitalismo globalizado, financiarizado y regulado por la ideología neoliberal. Por otro, ha vuelto a mostrar que los vicios privados raramente se traducen en virtudes públicas.

Empecemos por los defectos económicos. Este capitalismo no sólo ha dado lugar a la lamentable situación social que ahora padecemos, sino que también está conduciendo a la economía mundial a un callejón sin salida. La economía capitalista puede funcionar bien sin llegar a resolver las contradicciones sociales que ocasiona, y puede funcionar mal agravando además las consecuencias sociales y ambientales que su *modus operandi* provoca habitualmente. Nos encontramos en el segundo caso.

Entre las muchas enseñanzas de la crisis, hay tres que conviene no olvidar. La primera contradice la “mercadolatría” en la que incurre la teología política neoliberal: los mercados por sí solos no son eficientes ni estables y lejos de promover la competencia tienden a acumular las riquezas en pocas manos. No es una enseñanza nueva. Es algo que cualquier economista no abducido por la realidad sabía ya

INTRODUCCIÓN

Introducción

con anterioridad, y que el funcionamiento de los mercados financieros no ha hecho más que remarcar.

Una segunda enseñanza muestra hasta qué punto el capitalismo puede ser ineficiente y derrochador. Además de generar inseguridad, desigualdad y explotación, es también un sistema altamente despilfarrador porque esquilma los recursos naturales al generar una abundancia de mercancías que, sin embargo, no satisface las necesidades de buena parte de la población ni logra emplear al elevado número de personas que se ven abocadas a permanecer paradas de manera involuntaria. Esta dinámica despilfarradora, manifestación de la irracionalidad social en la que se asienta el capitalismo, sirve de justificación para aplicar permanentemente políticas de ajuste que, en nombre de la austeridad, no son sino una nueva vuelta de tuerca en la transferencia de riqueza y poder de los de abajo hacia los de arriba a través de mecanismos de socialización de pérdidas y privatización de beneficios.

Ahora bien, la distribución desigual de beneficios, costes y riesgos no sólo es fruto de una política injusta en la gestión de la crisis, es también –como señalara K. W. Kapp en los años cincuenta–¹ un rasgo fundamental del funcionamiento del capitalismo como sistema basado en la empresa privada: la tendencia a trasladar sobre la sociedad parte de los riesgos y costes de producción –“externalizando” lo que son procesos endógenos de la empresa– conduce a que los capitales privados obtengan unas tasas de beneficios que no serían tales de evitarse esa traslación de costes sociales y ecológicos a terceras personas o a la comunidad entera.

Aquí nos encontramos con la tercera enseñanza de esta crisis. Un estatus que brinda a quien controla los resortes del poder económico y político la posibilidad de socializar las pérdidas y privatizar las ganancias está impelido a estimular comportamientos irresponsables y, con ello, a multiplicar y gestionar mal el riesgo y a poner en jaque permanente las condiciones sociales y naturales que garantizan el bienestar de la gente.

El segundo tipo de defectos que saca a la luz la crisis es de orden moral. Si la actitud de trasladar a un tercero la consecuencia negativa de una acción no parece ser algo muy edificante desde el punto de vista de la virtud, un defecto no menor del capitalismo en el plano moral es haber construido su edificio sobre la motivación de la codicia. Bien es cierto que no únicamente sobre la codicia, pues el temor y la envidia son también móviles del comportamiento individualista, competitivo y posesivo típico del capitalismo. En cualquier caso, la codicia es una fuente de corrupción de primer orden, como muestran los innumerables casos de malversación, prevaricación y cohecho, y que unida a la envidia y al temor son, por más que nos hayamos habituado a ello, formas horribles de motivar nuestras relaciones

¹ K. W. Kapp, *Los costes sociales de la empresa privada* [Antología de F. Aguilera], Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006.

con los demás. El empobrecimiento de las relaciones sociales a que da lugar el capitalismo encuentra un correlato en la inanidad imaginativa del *establishment* a la hora de buscar respuestas en los tiempos de crisis, particularmente entre el grupo de economistas convencionales que equiparan el comportamiento humano al de una “bestia de carga” que puede ser gobernada sin mayores estímulos que el de un palo y una zanahoria.

Propiciar alternativas

Las crisis son también momentos propicios para la búsqueda de alternativas. Este debate exige precisar a qué ámbitos e intervalos temporales nos estamos refiriendo, pues bajo la misma etiqueta podemos estar hablando de cosas muy distintas: desde propuestas de contenidos concretos para políticas que en sus aspectos generales no son cuestionadas, hasta formulaciones alternativas de carácter sistémico a las formaciones sociales capitalistas. No es lo mismo pensar en términos de plazos inmediatos que en términos de *longue durée*, como diferentes tienen que ser las propuestas según el plano espacial al que nos refiramos (local, nacional, internacional o específicamente mundial).

Este es el tercer número consecutivo de la revista *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* que dedicamos a esta temática, y en los tres hemos buscado suscitar reflexiones acerca de aspectos centrales de la organización social que vayan más allá de la coyuntura. La razón principal que justifica un planteamiento de este tipo es la constatación de que la crisis actual sólo es comparable –en cuanto a su significado y alcance– a las dos grandes crisis capitalistas del siglo pasado (años treinta y década de los setenta del siglo XX), y que este tipo de crisis –sistémicas y multidimensionales– abren la puerta a la definición de un nuevo orden social. En este sentido, no se puede obviar que tras la crisis financiera hay también un deterioro continuado de la naturaleza y el trabajo (de todos los trabajos, del mercantil pero también del doméstico y de cuidados); un deterioro que se agravará aún más en la medida en que estos ámbitos sigan siendo considerados variables de ajuste para relanzar, no sólo un nuevo ciclo de acumulación, sino también un proyecto de sociedad que trata de redefinir sus fundamentos exclusivamente en términos de propiedad privada y mercados.

Para nuestro país resulta hasta cierto punto evidente la necesidad de impulsar a corto plazo políticas de expansión de la actividad económica, pues sin ello, en un contexto de recesión en la eurozona, no hay manera de manejar la enorme deuda acumulada y controlar el déficit público. Sin embargo, lo que tiene verdadero interés es centrar la atención en cómo hacemos para que esa expansión de la actividad económica sirva para iniciar las transiciones necesarias que puedan cambiar de economía; transiciones que afectarán a numerosos ámbitos: al financiero, al productivo, al del reparto de los tiempos de trabajo entre

todos y todas, al del modelo energético, de movilidad, de asentamiento en el territorio, etc. En consecuencia, junto a políticas que estimulen la economía con el propósito de reducir el paro y generar ingresos impositivos, y un programa de vivienda que aborde el drama social de las ejecuciones hipotecarias, las propuestas deben buscar su encaje en el marco de alternativas de mayor aliento. De lo contrario, se mantendrán las condiciones que reproducen y empeoran el deterioro ecológico y social actual.

Alternativas que vayan a la raíz de los problemas

La búsqueda de alternativas radicales implica, en realidad, un cambio de paradigma, una revisión en profundidad de muchas de las nociones culturales más arraigadas y de los presupuestos, principios y valores que se encuentran en la base de la organización de la sociedad. La idea, defendida por Edgar Morin, de una «*política de civilización* destinada a reaccionar contra los crecientes efectos perversos engendrados por la civilización occidental, ahora ya globalizada y globalizadora»,² recuerda la urgencia de un cambio de vía para la humanidad. Es una imagen evocadora, pero probablemente insuficiente. En la seguridad de un viaje cuenta tanto el estado del viario como el comportamiento del vehículo. En los tiempos en que el capitalismo mundializado se asemeja a un tren fuera de control que anuncia la catástrofe, parece más sabio tirar de los frenos de emergencia que confiarlo todo a la suerte de un cambio de agujas.³

Entre las principales respuestas a la crisis de civilización elaboradas en las últimas décadas desde el pensamiento crítico y la praxis alternativa, se encuentran –lo señala Paco Fernández Buey⁴ (entrañable compañero de la revista *Papeles*, a quien dedica este número una sección en su memoria)– el ecologismo social de los pobres, el movimiento alterglobalizador y la propuesta del decrecimiento, particularmente en su versión universalista (representada en la revista *La Décroissance*). Son respuestas que dialogan con naturalidad con una diversidad de discursos que empiezan a encontrar acomodo entre los estilos de vida actuales (como el movimiento *slow*, la simplicidad voluntaria, etc.)⁵ y que enlazan con

² E. Morin, *La vía*, Paidós, Barcelona, 2011, p. 13.

³ En el plano personal tenemos la experiencia de que sólo cuando desaceleramos los ritmos de nuestras vidas (cuando nos «paramos a pensar») nos surgen las preguntas y el sentido de lo que hacemos. Algo similar precisan las sociedades de ritmos trepidantes: tiempo para debatir, a través de la razón democrática, acerca de qué se entiende por «bien común» y qué se necesita para una «buena vida». Resulta de interés, a este respecto, el libro de Robert y Edward Skidelsky titulado: *¿Cuánto es suficiente? Qué se necesita para una «buena vida»*, Crítica, Barcelona, 2012.

⁴ F. Fernández Buey, «Sobre ecosocialismo en la crisis de civilización: ecología política de la pobreza y decrecimiento», prefacio a la obra de J. Riechmann, *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2012.

⁵ Se analiza el discurso de estos y otros movimientos (además del *slow* y el de la simplicidad voluntaria, el movimiento por el decrecimiento y el de transición) en el último boletín electrónico *ECOS* (nº 21), titulado *Respuestas ante la crisis de civilización*. Se puede consultar en: <http://www.fuhem.es/ecosocial/boletin-ecos/numero.aspx?n=21>

los enfoques ecosocialistas y feministas que surgen en los años setenta del siglo pasado. Porque, en definitiva, no nos encontramos ante el fin del mundo ni de la historia, sino en un callejón sin salida al que nos ha conducido la moderna civilización capitalista que reclama proyectos prácticos que, iluminados por nuevos enfoques, permitan a hombres y mujeres emanciparse de su sometimiento a la lógica del capital y a las dominaciones de la cultura patriarcal como condición para lograr otras formas de sociabilidad en las que se pueda realizar de manera efectiva el derecho de todas las personas al libre desarrollo de sus individualidades.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

Fe de erratas

En el número 118 de *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* el nombre correcto de la autora del texto *El 15 M y la razón indignada* es Esther Vivas y no Esther Rivas, como aparece en los índices y en el título de capítulo.

En el mismo número, omitimos por error el nombre de Iván Navarro Milián, autor de la reseña del libro *Más allá de la barbarie y la codicia. Historia y política en las guerras africanas*, de Itziar Ruiz-Giménez